

Pandemia de odio: ¿Cómo combatir los discursos de odio?



JAVIER GARCÍA CASTIÑEIRAS¹

El virus no vive ni se mueve solo. Nosotros lo movemos. Él tiene una gran capacidad de transmisión, pero fuimos nosotros quienes nos ofrecimos a su mutación para ser sus huéspedes. Esto fue así por nuestros estilos de vida, por los colmenares que hemos construido como viviendas, por los hipermercados que nos ofrecen todo lo que se produce en el mundo y desecharnos en buena parte. Paradojal o terriblemente, al mismo tiempo que hiperproducimos objetos de alimentación y otros consumos, las personas que pasan hambre siguen en aumento (FAO *et al.*, 2018). Luego transportamos el virus y lo diseminamos en nuestras amuchadas ciudades y a través de los más de diez mil aviones que vuelan al mismo tiempo. Más de un millón de personas viajan en avión en el mundo al mismo tiempo. Todo esto apunta a señalar dos cosas. Una, que vivimos en un exceso gozoso que producimos al mismo tiempo que gran parte de la humanidad tiene hambre, lo que nos debería hacer pensar sobre la desarmonía de lo que nos mueve en la vida. La otra, que sería imposible separar los motivos intrínsecos a la microbiología del virus y los favorecidos por nuestra forma de vivir en el mundo que hemos construido, de los efectos de explicar su ultrarápida diseminación. Por el contrario, todos los motivos parecieran potenciarse.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. gp@adinet.com.uy

Como somos ignorantes de cómo prevenirlo y cómo curarlo desde el punto de vista médico, la salida es detenernos, aislarnos y teleconvertirnos. Son rasgos de nuestra mutación cultural.

El contexto de esta pandemia es entonces nuestra fragilidad biológica y de conocimientos. Como otras enfermedades y calamidades sociopolíticas, nos «pone de nuevo ante los ojos, nuestra indefensión y desvalimiento, de los que nos creíamos salvados por el trabajo de la cultura» (Freud, 1927/1992, p. 16).

Algo parecido a lo que ocurre con el virus sucede con el odio. A esto apunta que hable de pandemia de odio. Tampoco el odio se mueve solo ni es independiente del mundo que construimos ni de nuestros modos de vida. Nos parecía que los logros socioculturales en derechos humanos, de inclusión de las diferencias, que tenían un sentido social progresista, obtenidos a lo largo de generaciones eran sólidos e irían creciendo con el aumento de la conciencia social. Sin embargo, en todo el mundo ha explotado, como una pandemia, un brote antipobres, antigente sin techo; antinegros, indígenas, mestizos; antidiversidad sexual; antiobreros y, especialmente, sindicalistas; antiestudiantes; antimanifestaciones y otras expresiones populares; antimovimientos feministas y LGTB+; antiaborto legal; antiinmigrantes; anti toda idea progresista y humanista que cuestione el *status quo*, sea cual este sea. Simpatizantes o actores de matanza de rateros ahorcados o muertos a tiros o a golpes; simpatizantes o actores de asesinatos de travestis baleados, degollados. Simpatizantes o actores de matanza de gente sin techo; prendidos fuego mientras duermen. Simpatizantes o actores de ataques a gays y lesbianas con apedreo, golpes y asesinatos. Agresiones persistentes contra mujeres hasta el asesinato. Represión y asesinato de indígenas. Constitución de grupos armados paramilitares contra los sin tierra o los que se organizan para protestar. Alentadores de que la población se arme en una respuesta de violencia frente a la violencia. Y, en especial, en todos estos casos, una expresión pública, impúdica y extrema de odio. Esto es lo que llamo una *pandemia de odio*.

En otros momentos históricos, como durante el nazismo, el fascismo, el falangismo, el estalinismo, han ocurrido fenómenos sociales de este tipo. Creo que hubo una fuerte ilusión de que hubieran desaparecido. Luego parecieron concentrarse en sectores dictatoriales, en regímenes autoritarios,

en fundamentalismos religiosos y en bandas o sectas aisladas, sin mayor apoyo social. Sin embargo, hibernan y vuelven a emerger como movimientos sociales, políticos y religiosos que se extienden a nivel mundial. Nunca desaparecieron. A las sombras de los poderosos, continúan protegiendo los *crímenes de lesa humanidad* (Estatuto de Roma, 17 de julio de 1998), como sigue ocurriendo con el franquismo, y lo mismo en la mayor parte de Latinoamérica. Aparecen en movimientos de violencia y odio a los inmigrantes y a los pobres, con tendencias nacionalistas de ultraderecha. ¿Quién hubiera imaginado un presidente como Trump en Estados Unidos o un asalto al Capitolio? Liberales, libertarios, ultranacionalistas, neonazis crecen en Europa, Estados Unidos, Asia y Latinoamérica. Provocan, a su vez, que las derechas clásicas democráticas se muevan a la derecha extrema para captar a esos votantes.

La miniserie noruega *22 de julio* (Sletaune, 2020) hace referencia al doble atentado ocurrido en 2011, en esa fecha, primero con un coche bomba en el distrito gubernamental de Oslo y luego con arma de fuego en un campamento de adolescentes del partido laborista, en Uloya. El atentado tuvo como resultado 77 muertos y más de cien heridos; la gran mayoría, adolescentes. La serie nos propone preguntarnos cómo algo así podía suceder en una sociedad como la noruega. Su alto desarrollo cultural y democrático, el elevado nivel de confianza que sus habitantes tienen en el sistema político, el alto grado de bienestar, igualdad de género y estabilidad económica parecían inmunizar a esa sociedad contra este tipo de actos.

Ciertamente, Noruega ha sido considerada en varias ocasiones como una de las mejores naciones para vivir por su elevado índice de desarrollo humano, entre otras virtudes. Todo eso constituía orgullo para su población. Quizás los noruegos habrían podido entender la causa del atentado si se hubiera tratado de un acto terrorista perpetrado por alguno de los tantos inmigrantes musulmanes negros provenientes, sobre todo, de Paquistán. En algún sentido, se investigaba lo ocurrido buscando culpables con esos prejuicios, pero sin querer saber realmente.

El no querer saber sobre las causas del odio que conviven en nuestra familiaridad (lo *Unheimlich*) potencia los riesgos de estas explosiones destructivas.

Una joven periodista, ayudada por su compañero de trabajo, fue quien investigó, a contrapelo de la resistencia que ponían el sistema policial, periodístico y político. Querer saber es siempre un trabajo a contracorriente de lo que se espera. Es inevitable encontrar un camino plagado de resistencias que pueden ser muy violentas. De esta investigación surge que el «monstruo» (así llamado) terrorista no fue un musulmán paquistaní negro, sino un ser humano blanco noruego neonazi, Anders Breivik, influenciado por los violentos foros ultraderechistas antiinmigrantes. La serie investiga y encuentra una dura realidad, siniestra, que hará cambiar a la sociedad noruega, gracias a la atrevida y desafiante actitud de estos ciudadanos que prefirieron desentrañar el horror antes que restaurar rápidamente la tranquilidad aparente anterior al acto de terror. La investigación deconstruye una unidad identitaria ideal y cerrada, ayudando a la construcción de nuevos relatos que incluyen el odio y sus efectos.

No sin un elevado costo afectivo, sin dudas, solo este rearmado inclusivo del telar social permitirá ligar el asesinato y el dolor, la incredulidad y la rebeldía, poniendo a trabajar lo siniestro y familiar a la vez (lo *Unheimlich*) como forma de hacernos cargo de la destructividad humana. No obstante, sabemos, la desmentida sigue haciendo sus andanzas.

Hasta aquí podría estar ya dicho o insinuado todo lo que quiero decir. Pero abundaré, por la complejidad del problema, aunque inevitablemente no pueda responder cabalmente la pregunta inicial del título; si esto fuera posible.

Las situaciones que implican estas violencias discriminatorias y excluyentes, estos encierros identitarios alimentados por odio, tienen lecturas político-ideológicas necesarias y necesitadas de actualización, pues se repiten con variaciones a través de la historia.

En una entrevista que realizó **Eric Aeschmann para *Le Nouvel Observateur*** el 7 de febrero de 2016, el filósofo francés Jacques Rancière pone en primer plano la dimensión política al hablar sobre cómo salir del odio, teniendo como sustrato la situación mundial actual, especialmente en referencia a **los atentados contra Charlie Hebdo y el ataque en el Bataclan:**

la política no tiene nada que ver con la política de los políticos: intrigas palaciegas, negociaciones de despachos, competencia entre partidos por el

poder. Es una forma de acción y de subjetivación colectiva que construye un mundo común, *en el que se incluye también al enemigo*. La acción política crea identidades no-identitarias, un ‘nosotros’ abierto e incluyente que reconoce y habla de igual a igual con el adversario. La guerra, por el contrario, tiene como protagonista fundamental a las formaciones identitarias cerradas y agresivas (ya sean étnicas, religiosas o ideológicas) que niegan y excluyen al otro del mundo compartido. Entre el otro y yo, *nada en común*. (párr. 1)

Como psicoanalistas e integrantes de instituciones científicas, formativas y enraizadas en la sociedad, es necesario recorrer estas perspectivas sociopolíticas. Todo trabajo de tejido de tramas desarmadas en lo psíquico y en lo social es un trabajo a favor de Eros y en contra de Thanatos y del narcisismo. Cuanto más se atente contra las redes inclusivas y creativas, más se potencia la capacidad destructiva, y viceversa. Pero parece inevitable que cuando se comienzan a integrar socialmente grupos expulsados o relegados, no vistos ni reconocidos como de igual valor, se crea una tendencia opuesta -o aun mayor- a la unificación, a defender violentamente una identidad unitaria, sea nacionalista, étnica, religiosa, política o de otro motivo que aúne y excluya, como es la *aporofobia, por ejemplo, sin bandera, pero muy pasional*.

Ocurre, con sorpresa, que en muy poco tiempo grandes multitudes se vuelcan de posiciones o votaciones progresistas y humanistas, que han tratado de armar redes sociales, ideológicas y culturales, a otras cercanas a los fenómenos nazi-fascistas-falangistas, instigadoras a la vez de miedo y odio, violencia, discriminaciones y destrucción de las diferencias. Variaciones que pueden ser también pensadas en su sesgo político-ideológico, pero no renunciando a preguntarse qué fuertes motivos movidos por la cosa humana pueden generarlas. Pues también hemos visto, en no pocos casos, mutaciones de revoluciones progresistas libertadoras a regímenes personalistas autoritarios y represivos, cuando no genocidas, como pasó en la URSS con el advenimiento de Stalin o con los Jemeres Rojos dirigidos por Pol Pot, pero también en muchas otras revoluciones populares, como hoy en Nicaragua. Esto nos muestra que el deslizamiento hacia el odio puede estar en distintas ideologías como fenómeno humano posible.

No han existido períodos libres de estos sentimientos. Pero, sin dudas, hay condiciones que desatan y multiplican la violencia y el odio con increíble velocidad y ferocidad. Son estas condiciones del odio las que necesitamos reconocer y trabajar para ayudar a desarmarlas tejiendo relatos como telares sociales. Es difícil tener idea precisa de cómo propiciar y construir estos relatos diversos, que permitan que algo comience a balbucese desde el dolor y el odio. Aun así, parece siempre un requisito el empoderarse a contracorriente de una tendencia político-cultural que propicia el desconocimiento del dolor y el odio en lo más íntimo de cada uno, de los grupos y las sociedades. Como describió Arendt en *Eichmann en Jerusalén* (1963/1999), lo que cada integrante del grupo y la multitud hace es sumarse a la masiva corriente que cree dogmáticamente que la xenofobia y el genocidio son prácticas socialmente aceptables. Lo que se opone a esta corriente es atacado, aplastado o resistido fuertemente y reprimido, según cada caso. Sucede también que, sin adherir a estas corrientes predominantes y aun conociendo todo lo que sucede, se mire todo desde un lugar vacío, desconectado, muerto, en relación con el colectivo humano que se comparte.

Podemos agregar otra vertiente explicativa, no necesariamente divorciada de otras. Quizás vivimos un aplastamiento de la palabra y los discursos, un decaimiento de lo simbólico que tiende a sortear los conflictos y a incentivar las acciones violentas para suprimir a los diferentes. La violencia contra los migrantes, la radicalización y violencia política que transforma las opiniones diferentes en enemigas y las discusiones en ataques, la violencia a las diferencias y los diferentes en la sexualidad, en las etnias, todo esto parece apuntar a este decaimiento de lo simbólico. No sabría decir si se trata de algo estable, de un estado actual de las cosas en la cultura o si, por el contrario, se trata de oscilaciones, momentos que propician esos aplastamientos que se dan a través de la historia.

La pandemia viral y sus consecuencias psíquicas y socioculturales parecen haber acrecentado estas tendencias al odio. Además, parecen haber operado como una lupa que nos permite ver las líneas de fractura socioculturales y psíquicas, que preexistían y anunciaban quiebres de las estructuras que entre todos veníamos construyendo en el sentido de Eros. Las líneas de quiebre ya estaban allí, difíciles de ver y ponderar. Ahora se han abierto rápidamente en grietas que amenazan las redes construidas.

La pandemia viral y de odio nos conduce al desvalimiento infantil y a la añoranza del padre poderoso, como cualquier debilidad humana frente a los poderes naturales. Puede ser origen de la religión o puede ser origen de una tiranía. Ambos riesgos -el de los fanatismos religiosos y el de los fanatismos nacionalistas políticos- están hoy en el mundo de distintas formas, condensados en el ejemplo talibán en Afganistán, pero también en la elección de presidentes como Trump y Bolsonaro, y pueden ser potenciados por los efectos de esta pandemia. Cuanto más frágiles y necesitados nos encontramos, más riesgos existen de colocar a alguien en un lugar todopoderoso donde depositar tanto nuestra omnipotencia como nuestra agresividad, reverso de la indefensión y la transitoriedad de la vida misma.

El aislamiento humano -la separación de los otros, hijos, padres, hermanos, amigos- nos centra en nuestro yo, en un encierro interno, acentuando así la paranoia estructural del yo (Lacan, 1948/1977b, 1949/1977a), sitúa al yo en tendencia a funcionar en un modo de agresividad máxima (como describieron muy bien Freud, Klein y Lacan), agredido o agrediendo, en relación con el semejante.

Sabemos, en la clínica analítica, de las situaciones de tensión personal y familiar en los encierros, pero también de las manifestaciones sociales de violencia. Incluso la violencia contra los infectados, expulsados, abandonados en sus viviendas o en el mar -cruceros, barcos de carga-, como son abandonados los migrantes. Políticamente se despliega el ambiente paranoico de guerras biológicas. ¿Qué salidas hay frente a esta enajenación pasional? ¿Cómo movernos a funcionar fuera de esta estructura cuando vivimos inmersos en ella?

En principio, coloco la importancia de que todo esto apunta a que el psicoanálisis no debe detenerse ni aislarse, ni en su aporte individual, familiar, grupal o colectivo-social, ni en desestimar una perspectiva política en el sentido en que antes cité a Rancière, como trabajo de subjetivación colectiva. Los psicoanalistas y el psicoanálisis estamos metidos en estos pantanales de la condición humana y político-cultural. Es desde allí que necesitamos sostener la palabra encarnada que surge del dolor, la angustia y el odio, aunque no sean más que balbuceos o algún grito que muestre que se necesita ser escuchado. Pero, en todos los casos, será la posible apertura a nuevos relatos, nuevos tejidos sociales que se hilan desde nuestras miserias. Hay

en esto una ética en función de Eros, entendida como ética del deseo, que necesita ubicarse sobre todas las necesidades de conservar (conservadurismo institucional), sobre los funcionamientos burocráticos y sobre la tendencia a extender instrumentos técnicos de nuestra práctica (neutralidad, abstinencia) al funcionamiento institucional y al posicionamiento social del analista.

Nuestra cuestión es: ¿cómo combatir estos discursos de odio? Pues, escuchándolos, reconociéndolos en lo más familiar y creando desde allí alternativas diferentes en las que la exclusión y la muerte del pensamiento no acosen. Sabemos que la pulsión de destrucción y de muerte nos constituye. La crónica policial de los informativos de televisión nos enrostra concentradamente la destructividad humana, pero, además, la elección de las noticias, la manera en que se muestran y el espacio que ocupan nos hablan de lo que se quiere ver y escuchar. En una perspectiva, la conservación de la impunidad de genocidios y genocidas a través de leyes de impunidad que amparan a dictadores, asesinos, torturadores muestra que la sociedad protegió y sigue protegiendo las violaciones a los derechos humanos. Me asocio al pensamiento de Hanna Arendt en su libro *Eichmann en Jerusalén*. Lo que vimos acerca de la serie *22 de julio* y este último caso, referido a Eichman, no son excepciones, no se trata de psicópatas cuya monstruosidad explica sus actos, sino del producto de un sistema dominado por el odio y la discriminación.

Veamos otra vertiente a pensar. El asesinato de la diferencia aplasta el tiempo en el sentido que lo conceptualizó J. Derrida en la *diferancia* [*différance*] (Derrida, 1967/1989, 1968/1998). Es decir, en esa articulación entre lo diferente y lo diferido que genera idea de tiempo, de espera y de esperanza. Es el armado social de relatos, tanto escritos como verbales -deportivos, culturales, en redes sociales varias, en actos de masas-, lo que permite que la espera no nos desespere y no desesperance, sino que, por lo contrario, favorezca el anhelo cierto, en esa fuerza de lo que se teje de distintas formas a nivel colectivo. Pero esos armados necesitan compromiso con la vida y la cultura, donde se juega una dimensión ética con la «verdad», más allá de lo que se nos quiera hacer ver o lo que queramos ver. Investigar, poder percibir más allá y pensar con la fuerza que requiere vencer resistencias: lamentablemente, esta alternativa muchas veces involucra correr riesgos, en general, frente a los aparatos de los estados, frente al poder, que es por naturaleza conservador.

Los psicoanalistas sabemos de estos mecanismos de aplastamiento y desmentida de la diferencia como obstáculo de la elaboración simbólica. Son los procesos psíquicos de sustitución y elaboración simbólica los que, en cambio, reconocemos en su fuerza y eficacia transformadora en el sentido de Eros. Claro está, también sabemos que los fenómenos sociales exceden nuestro campo de experiencia y conocimiento, así como sabemos de los límites de lo simbólico para tramitar lo real. De todo lo anterior se desprende la necesidad de un compromiso humano con la cultura y el desarrollo de lo simbólico. Algo así leemos en la cita siguiente de Freud (1932/1991), en su carta a Einstein: «todo lo que trabaja en favor del desarrollo de la cultura trabaja también contra la guerra» (p. 198).

Poco antes de esta carta, en *El malestar en la cultura*, Freud (1930/1979) afirma que la cultura se sostiene sobre la renuncia pulsional, que podemos expresar también como una renuncia al goce; frustración difícil de tolerar. La agresividad inherente a lo humano es una amenaza permanente de disolución de la cultura, lo que necesita una fuerza opuesta que haga un recorrido discursivo desde el conflicto, que vuelva decible lo que por diferentes razones no lo es, rompiendo ese *impasse* explosivo entre la pulsión y la cultura. Es una tarea con su consecuente gasto para limitar la destrucción y, si es posible, transformarla por vía sublimatoria. Por esta razón, trabajar a favor de la cultura en la línea de relatos elaborativos a diversos niveles es un trabajo contra la hostilidad primaria (p. 109), contra la tentación gozosa a satisfacer la agresión, usar al otro, «explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo, asesinarlo» (p. 108). La conciencia social y el sentimiento de culpa son recursos a los que Freud refiere para frenar o limitar el goce destructivo. Son sentimientos inconscientes. Lo que se puede percibir no son esos sentimientos, sino el malestar que nos provocan, la culpa o, por el contrario, sus puestas en acto.

Al final de ese texto, Freud se disculpa frente a los lectores por no haber sido un guía diestro en estos temas (p. 130), verdaderos nudos de la condición humana. Pienso que nos cabe reconocer la misma limitación frente al objetivo trazado en nuestro título, ya que advertir y pensar esta condición humana del odio es un movimiento necesario, pero no es suficiente para combatirla. Freud agrega algo más como crítica y propuesta en un pie de

página del mismo texto, cuando dice que no educamos a los jóvenes sobre el papel que cumplirán en su vida la sexualidad y la agresión; dice: «la educación se comporta como si se dotara a los miembros de una expedición al polo de ropas de verano y mapas de los lagos de la Italia septentrional» (p. 130). En cierta medida, es cierto, enseñamos la crueldad de la historia humana como si fuera algo ajeno, y sus bondades como propias, pero lo más importante de la transmisión no precisamente pasa por algo racional consciente. Sabemos que no hay nada decisivo en la educación consciente que pueda salvarnos de tales sentimientos destructivos ni que pueda ayudarnos a transformarlos. Es, quizás, en el mismo acto educativo, en la experiencia con otros en la vida institucional y grupal, donde todas esas vertientes se ponen en juego y podrían transmitirse, tramitando esos malestares, conflictos, ambivalencias, sin eludirse, sino cuestionando el mismo funcionamiento entre todos. ¿Por qué en este grupo no hay distintos o por qué, si hay distintos, se los separa y agrede (acosos, *bullying*)? ¿Por qué se trata de homogeneizar las diferencias y ensombrecer las pequeñas diferencias? ¿Por qué no podemos ver y pensar la crueldad humana? ¿Por qué lo feo y lindo, como lo bueno y lo malo, no se ponen sobre una mesa de trabajo deconstructivo, en lugar de ubicarse como medidas de valor y diferencias *a priori*? ¿Por qué el pensamiento y la creación de relatos, cualquiera sea el área de despliegue, no toman como materia prima el malestar y el goce para hacer algo con ellos, en lugar de los espectáculos exitosos, exuberantes en grandiosidad? Podríamos seguir armando preguntas al respecto.

El ejemplo tomado de la serie *22 de julio* o los ejemplos que tenemos en los movimientos pro derechos Humanos son representativos de muchos ejemplos cercanos en el periodismo, los movimientos sociales, sindicales y políticos de los más diversos tipos, el arte, la universidad, entre otros. Se trata de ciudadanos, hombres y mujeres capaces de captar las zonas donde la humanidad está en juego, las líneas del dolor humano, y desde esa captación se implican como semejantes, investigando y haciendo relatos a contrapelo de lo que la sociedad y la cultura esperan, pero surcando bordes de grietas donde se abren la destrucción y el odio. No van a ser apoyados en general por los gobiernos, por los intereses económicos ni por los medios, pero abrirán un sendero común con la gente sensible a esos dolores de la cosa humana. ♦

RESUMEN

El autor establece una analogía entre la pandemia de Covid-19 y lo que describe como una pandemia actual de odio, señalando que las dos comparten tener causas internas; en un caso, biológicas, y en el otro psíquicas, y sociopolíticas, pero que el estallido de ambas tiene estrecha relación con el modo de vida que la humanidad se ha construido. Situados en el tema del odio, se señalan las condiciones psíquicas y sociales que lo potencian, y posibles vías de procesarlo. Para ello el autor recurre distintos ejemplos histórico-políticos, uno de ellos, por intermedio de una miniserie noruega *22 de julio*. Uno de los desafíos parece estar en captar las líneas del dolor humano y, desde ese reconocimiento y asunción, investigar y hacer relatos a contrapelo de lo que la sociedad y la cultura esperan, surcando los bordes de las grietas donde se abren la destrucción y el odio.

Descriptores: ODIO / CULTURA / POLÍTICA / LO SIMBÓLICO / DISCRIMINACIÓN / DESTRUCCIÓN / SOCIEDAD / VIOLENCIA / LO SINIESTRO

Descriptor candidato: PANDEMIA

SUMMARY

The paper establishes an analogy between the pandemic of Covid-19 and what the author describes as a present pandemic of hate. He indicates that they both share internal causes, biological in one case and psychic and sociopolitical in the other, but the outbreak of both bears a close connection with the style of life that humanity has constructed itself. Situated in the subject of hate, the paper points at the psychic and social conditions that potentiate it and at possible forms of processing it. For this purpose, the author refers to different historic-political examples, one of them through a Norwegian miniseries, *22 July*. One of the challenges seems to be the capture of the lines of human pain and, based on that acknowledgement and assumption, the investigation and production of narrations contrary to what the society and culture expect, traversing the edges of the crevices where destruction and hate arise.

Keywords: HATE / CULTURE / POLITICS / THE SYMBOLIC / DISCRIMINATION / DESTRUCTION / SOCIETY / VIOLENCE / THE UNCANNY
Candidate keyword: PANDEMIC

BIBLIOGRAFÍA

- Aeschimann, E. (10 de abril de 2016). *Cómo salir del odio: Entrevista con el filósofo Jacques Rancière* (P. La Parra Pérez, trad.). <https://alfarcolectivo.wordpress.com/2016/11/15/jacques-ranciere/> (Trabajo original publicado el 7 de febrero de 2016).
- Arendt, H. (1999). *Eichmann en Jerusalén*. Lumen. (Trabajo original publicado en 1963).
- Derrida, J. (1989). *La escritura y la diferencia*. Anthropos. (Trabajo original publicado en 1967).
- Derrida, J. (1998). La *différance*. En C. González Marín (trad.), *Márgenes de la filosofía*. Cátedra. (Trabajo original publicado en 1968).
- Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional, del 17 de julio de 1998. [https://www.un.org/spanish/law/icc/statute/spanish/rome_statute\(s\).pdf](https://www.un.org/spanish/law/icc/statute/spanish/rome_statute(s).pdf)
- Freud, S. (1980). Tótem y tabú. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13, pp. 1-164). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912-1913).
- Freud, S. (1979). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 57-140). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).
- Freud, S. (1991). ¿Por qué la guerra? En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 22, pp. 187-198). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1932).
- Freud, S. (1992). El porvenir de una ilusión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 1-56). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1927).
- Lacan, J. (1977a). El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 11-18). Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1949).
- Lacan, J. (1977b). La agresividad en psicoanálisis. En J. Lacan *Escritos 1* (pp. 94-116). Paidós. (Trabajo original publicado en 1948).
- Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA), Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), Programa Mundial de Alimentos (PMA) y Organización Mundial de la Salud (OMS) (2018). *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo: Fomentando la resiliencia climática en aras de la seguridad alimentaria y la nutrición*. <https://www.fao.org/3/i9553es/i9553es.pdf>
- Sletaune, P. (director) (2020). *22 de julio* [miniserie]. Norsk Rikskringkasting.